
EN TORNO A LOS MOVIMIENTOS CAMPELINOS CHINOS

Por Manuel Pérez Ledesma

No cabe duda de que 1949 es, como señaló hace años Lucien Bianco, una fecha histórica tan importante como 1789 ó 1917; o incluso más, por cuanto que la revolución china que entonces triunfó está «ligada de manera más directa a las preocupaciones del hombre de la segunda mitad del siglo XX» (1). Aunque sólo fuera por ello, estaría sobradamente justificado el interés por los movimientos campesinos que la precedieron y que determinaron en parte las peculiaridades de su desarrollo. Pero hay una razón adicional: los movimientos campesinos chinos representan, por su frecuencia e intensidad, un tema de estudio de especial relevancia para todo análisis global de las causas y el desarrollo de las revueltas campesinas. De hecho, y pese al escaso conocimiento que de estos movimientos se tiene en Occidente, no parece aventurado afirmar, con Chesneaux, que «ningún país dispone a este respecto de una herencia tan rica y, sobre todo, tan continua como la de China» (2).

La fusión de ambos factores justifica la aparición en los últimos años de diversos estudios sobre el tema. Además de la obra de Chesneaux, *Movimientos campesinos en China (1840-1949)* —única traducida al castellano, y a la que está dedicada esta nota—, podemos mencionar, entre otros, el libro de Jen Yu-wen sobre el movimiento «nacionalista revolucionario» de Taiping, el análisis de Teng Ssu-yü en torno a las relaciones de

(1) Lucien Bianco: *Les origines de la révolution chinoise*, Ed. Gallimard, París, 1967, pág. 13.

(2) Jean Chesneaux: *Movimientos campesinos en China (1840-1949)*. Colección «Historia de los Movimientos Sociales». Ed. Siglo XXI, Madrid, 1979, 156 páginas.

este mismo movimiento con las potencias europeas, o la recopilación de trabajos sobre las sociedades secretas y su participación en los movimientos populares chinos de los siglos XIX y XX, editada por el mismo Jean Chesneau (3). Todos ellos ofrecen, además de una abundante información histórica, suficientes elementos de juicio para contrastar con las opiniones más frecuentes entre los sociólogos e historiadores que se han ocupado de las revueltas campesinas y sus causas.

Es ya casi un tópico que los campesinos tienen grandes dificultades para participar en movimientos político-sociales de gran amplitud. Tópico en el que confluyen muy diversas formulaciones: tanto la insistencia de Hamza Alavi en el papel de las «lealtades primordiales», como el parentesco o la identidad étnica, y de los «alineamientos verticales», que atraviesan las fronteras de clase, como las afirmaciones de Hobsbawm sobre la desproporción entre la enorme «fuerza potencial de un campesinado tradicional» y su limitada influencia efectiva en la evolución social, o la descripción de Teodor Shanin sobre la «baja claridad» (*low classness*) del campesinado, de acuerdo con la cual «la segmentación vertical de los campesinos en comunidades locales, clanes y grupos, y la diferenciación de intereses en el seno de esas mismas comunidades dificulta la cristalización de objetivos y símbolos de alcance nacional y el desarrollo de una dirección y una organización nacionales» (4). Quizá el análisis más completo de los obstáculos para la intervención campesina en las luchas sociales y políticas se encuentra, aunque parezca paradójico, en los trabajos de Eric Wolf sobre las rebeliones campesinas: «Los campesinos tienen dificultades especiales para pasar del reconocimiento pasivo de los males que sufren a la participación política como medio para resolverlos. Primero, un campesino realiza su trabajo solo, en su propia tierra, con más frecuencia que en contacto con sus compañeros. Además, todos los campesinos son hasta cierto grado

(3) Jen Yu-wen: *The Taiping Revolutionary Movement*. Yale University Press, New Haven, 1973, 545 páginas; Teng Ssu-Yu: *The Taiping Rebellion and the Eastern Powers: A Comprehensive Survey*. Clarendon Press, Oxford, 1971, 413 páginas; Jean Chesneau, F., Davis y Nguyen Nguyet Ho (Eds.): *Mouvements populaires et sociétés secrètes en Chine aux XIXe et XXe siècles*. Ed. François Maspero, París, 1970, 235 páginas.

(4) Teodor Shanin: «Peasantry as a Political Factor», en T. Shanin (ed.): *Peasants and peasant societies* (Penguin Books, Harmondsworth, 1976, 448 páginas), pág. 255. Véase también Eric J. Hobsbawm: *Los campesinos y la política*, y Hamza Alavi: *Las clases campesinas y las lealtades primordiales* (Cuadernos Anagrama núm. 128, Barcelona, 1976, 128 páginas).

competidores, tanto por los recursos disponibles dentro de la comunidad como por las fuentes exteriores de crédito. Segundo, la tiranía del trabajo pesa con fuerza sobre los campesinos: su vida está ligada a la rutina anual y a la preparación del año siguiente. Las alteraciones momentáneas de la rutina amenazan su capacidad para reiniciarla posteriormente. Tercero, el control de la tierra le permite, con más frecuencia que le impide, retirarse a la producción de subsistencia si las condiciones adversas afectan su cosecha comercializable. Cuarto, los lazos del parentesco ampliado y la ayuda mutua dentro de la comunidad pueden amortiguar las conmociones. Quinto, los intereses de los campesinos —en especial, entre los campesinos pobres— atraviesan con frecuencia los alineamientos de clases. Los campesinos pobres y ricos pueden ser parientes, o un campesino puede ser al mismo tiempo propietario, arrendador, arrendatario, trabajador para sus vecinos y mano de obra estacional en una plantación cercana. Cada una de estas diferentes situaciones le coloca en una posición distinta con respecto a sus compañeros y al mundo exterior. Por fin, la exclusión de los campesinos en el pasado de la participación en la adopción de decisiones que se toman fuera de su aldea le priva con demasiada frecuencia del conocimiento necesario para articular sus intereses con formas apropiadas de acción. De aquí que los campesinos sean a menudo simples espectadores pasivos de las luchas políticas o anhelan la aparición repentina de un milenio, sin especificar para él o para sus vecinos los múltiples peldaños de la escalera que lleva al cielo» (5).

En el fondo de estas concepciones, reforzadas muchas veces por los análisis sobre el «conformismo» como rasgo característico de la cultura campesina, parece encontrarse una comparación explícita o subyacente con la clase obrera industrial. El mismo Hobsbawm compara la «baja claridad» del campesinado con la clase obrera industrial, «una clase de muy alta claridad», y acaba reproduciendo la conocida caracterización de Marx: los campesinos «son incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre. No pueden representarse, tienen que ser representados».

Esta tajante separación, que conduce a fórmulas estereotipadas (los campesinos, como un «saco de patatas»; el proletariado

(5) Eric R. Wolf: «On rebellions», en Shanin (ed.): *Peasants...*, págs. 264-65, y del mismo autor, *Las luchas campesinas del siglo XX* (Ed. Siglo XXI, Madrid, 1973, 438 páginas), págs. 393-394.

industrial, en cambio, como la clase protagonista del desarrollo histórico, «motor de la lucha de clases»), nos parece cada vez más discutible. Sin entrar ahora en un análisis general de la conciencia de clase y la capacidad revolucionaria del campesinado tradicional, conviene señalar que la descripción histórica de los movimientos campesinos chinos —y de aquí viene su importancia para el análisis teórico— pone de manifiesto una capacidad combativa muy elevada a lo largo de toda la historia de la China imperial, y también, por supuesto, del breve período de vida de la China republicana. Los campesinos chinos, en cualquiera de estas etapas históricas, se nos presentan como un grupo social con fuertes propensiones a la rebelión, dispuestos a participar en levantamientos cada vez que se produce una agravación de sus condiciones que supera la opresión aceptada habitualmente como legítima.

Tal propensión a la rebelión aparece durante toda la historia de China en múltiples formas, de las que las más conocidas corresponden a los movimientos campesinos que produjeron cambios políticos de importancia. En varias ocasiones, las dinastías reinantes cayeron víctimas de revueltas campesinas, cuyos líderes se convirtieron en creadores de nuevas dinastías: la dinastía Ch'in (221-207 a. C.) desapareció de esta forma, y fue sustituida por la dinastía Han (206-23 a. C.), instaurada por Liu Pang, máximo dirigente de la rebelión; otras oleadas campesinas acabaron con la segunda dinastía Han (25-220 d. C.), y con las dinastías Tang y Sung (960-1279 d. C.). Los Ming, que llegaron al poder tras una rebelión popular contra los mongoles, en 1368, fueron derrocados a su vez por otra revuelta campesina en 1644, aniquilada posteriormente por los manchúes. En conjunto, se trataba de rebeliones de ámbito relativamente amplio, con claros objetivos políticos y con evidentes consecuencias en el campo del poder; algo totalmente alejado de las formulaciones típicas sobre el papel socio-político del campesinado, a las que nos hemos referido más arriba. Su papel de regulación periódica del Antiguo Régimen chino, al que se refiere Chesneaux, aparece reflejado en el proverbio clásico: «El que fracasa, se convierte en bandido; el que triunfa, se convierte en rey.»

Por los testimonios que han llegado hasta nosotros, parece que la ideología de tales revueltas era esencialmente igualitaria: la lucha contra los poderosos y los ricos, y la defensa de los pobres y oprimidos está reflejada en lemas como *Ta-fu ki-pin* («Ataquemos a los ricos y ayudemos a los pobres»), o *Kuan-pi min-fa* («Los mandarines oprimen, ¡que el pueblo se levante!»).

Al igual que muchas revueltas campesinas de la Europa moderna, los rebeldes volvían sus ojos hacia el pasado, hacia un estado de justicia primitiva al que se pretendía retroceder. Pero a diferencia de lo ocurrido normalmente en el continente europeo, las explosiones chinas solían estar sustentadas por una infraestructura estable: las sociedades secretas, casi innumerables en la China clásica, que proporcionaban dirigentes en los momentos de rebeldía, a la vez que cumplían otras funciones decisivas en los períodos de mayor tranquilidad. En especial, daban acogida a los campesinos desclasados, actuaban como grupos elementales de ayuda mutua y de seguridad social en beneficio de sus miembros, acogían en su seno a mujeres y afirmaban el principio de igualdad con el hombre. Y, sobre todo, cumplían con una finalidad religiosa fundamental: a través de sus ritos de iniciación y sus cultos esotéricos, aseguraban a sus miembros la salvación espiritual después de la muerte. Como señala Chesneaux, sus componentes no eran sólo campesinos desposeídos, sino también nobles descontentos y otros sectores marginales de la población (artesanos, pequeños comerciantes, contrabandistas, antiguos soldados o bandidos). Organizadas de forma jerárquica y sometidas a la influencia de corrientes religiosas heterodoxas, como el taoísmo o el budismo, su importancia no disminuyó en la Edad Contemporánea, en la que participaron en la organización y dirección de numerosos movimientos campesinos; hasta tal punto, que los revolucionarios modernos, tanto los republicanos de la primera década de nuestro siglo como los maoistas en la década de 1930, trataron de contar con su apoyo para sus proyectos de transformación política o social.

De todas formas, a pesar de la fuerza y permanencia de las sociedades secretas, la mayoría de los movimientos campesinos clásicos no consiguieron el triunfo. La dispersión geográfica de los focos de rebeldía, el carácter efímero y fragmentado de las luchas, la mezcla frecuente de la revuelta social con el bandillaje, eran obstáculos decisivos para el éxito. E incluso en los casos en que consiguieron triunfar, la falta de un programa claramente definido impedía la puesta en práctica de los objetivos igualitarios. Las bandas triunfantes se veían, en estas ocasiones, obligadas a buscar acuerdos con los gentilhombres locales, únicos concededores de las técnicas burocráticas adecuadas para una administración eficiente del territorio bajo control de los rebeldes, lo que acababa convirtiendo a éstos en un nuevo pilar del orden existente y alejándoles de la base social campesina en que se habían apoyado inicialmente.

Teniendo en cuenta la importancia de estas revueltas tradicionales, cuyas pautas generales de acción acabamos de resumir, parece injustificada la insistencia de Eric Wolf, en su conocido libro sobre *Las luchas campesinas del siglo XX*, en el papel decisivo de la penetración del capitalismo occidental en las revoluciones campesinas. De hecho, la penetración extranjera en China, tras la guerra del opio (1839-42), y la firma del tratado de Nankin, que abría el mercado chino a los productos occidentales y favorecía el desarrollo de la actividad evangelizadora en los territorios de la dinastía manchú, no fue la causa única de las revueltas de las dos décadas siguientes. Para explicar la enorme intensidad de estos movimientos, que afectaron a millones de campesinos prácticamente en todo el territorio chino, y representaron —dice Chesneaux— «el mayor conjunto de guerras campesinas de toda la historia universal» (pág. 20), conviene tener en cuenta la tradición de rebeldía en que se insertaron, tanto como los nuevos tipos de opresión generados por la penetración occidental. La rebelión de los T'ai-p'ing, con su mezcla peculiar de arcaísmo y modernidad, es quizá el mejor ejemplo de esta doble influencia.

Localizado inicialmente en la zona de Kuangsi, en el sur de China, como un gran número de revueltas anteriores, el movimiento T'ai-p'ing, fundado por Hung Hsiu-ch'üan, mantuvo durante los quince años de duración del «Reino Celeste de la Gran Paz» un claro carácter sincretista, reflejado en la multiplicidad de facetas de su ideología y acción política. No era sólo una revuelta campesina contra los mandarines y los grandes propietarios, defensora de un colectivismo primitivo en la línea tradicional; representaba también un intento de modernización de la China tradicional, incluso en el terreno religioso, en el que su fundador intentó combinar elementos de la religión cristiana, como los Diez Mandamientos o el monoteísmo, con fórmulas budistas o taoístas. Y su carácter «nacionalista revolucionario» (según la definición de Jen Yu-wen), o «protonacionalista», según Chesneaux, no fue un obstáculo para el intento de introducir reformas importadas de Occidente, desde la creación de una red de ferrocarriles hasta el desarrollo de un sistema bancario o de una administración burocrática, radicada en Nankin. Incluso su derrota final sería el resultado de la incapacidad de sus líderes para superar el problema que se había planteado tradicionalmente a todos los movimientos chinos triunfantes. La creación de un aparato de gobierno y la conversión progresiva de los dirigentes de la rebelión en una camarilla de privilegiados

les fue enajenando el apoyo campesino. La necesidad de aumentar los impuestos, para hacer frente a los gastos burocráticos, acabó con las esperanzas depositadas inicialmente en los rebeldes. Por fin, la reducida zona geográfica de influencia T'ai-p'ing facilitó la tarea del gobierno imperial que, con la ayuda de las potencias occidentales y de los terratenientes locales, consiguió liquidar en 1864 el «Reino Celeste de la Gran Paz».

La rebelión T'ai-p'ing, pese a ser el más espectacular y mejor conocido, no fue el único movimiento campesino de los años 1850-70. Junto a ella, la revuelta de los Nien (1853-68), extendida por la región septentrional de China, menos precisa en sus definiciones ideológicas y más ligada a las tradiciones de insurrección campesina y a las formas de acción del bandidismo social. Bajo el lema «Matemos a los mandarines, matemos a los ricos, protejamos a los pobres», las pequeñas unidades de guerrilla de los Nien atacaban a las caravanas de los mercaderes ricos o a las viviendas de los grandes terratenientes. Por fin, otro conjunto de revueltas de menor duración e intensidad, organizadas por las sociedades secretas, representan un claro testimonio del elevado nivel de combatividad del campesinado chino en estas dos décadas. Serían necesarias enormes matanzas, con varias decenas de millones de víctimas, para acabar con la oleada de rebeldías y restablecer el poder imperial en el territorio chino.

El repliegue de las luchas campesinas, tras esta violenta represión, no duró mucho. A finales del siglo XIX comenzaba una nueva oleada de revueltas, como respuesta al aumento de la penetración extranjera en China, a la creciente presión demográfica y a los cambios en la estructura socio-económica. Aunque el estudio de Chesneaux se dirige fundamentalmente a la descripción de los movimientos campesinos, y no examina con detenimiento la estructura social subyacente, no cabe duda de que en este período se produjeron cambios de especial relevancia, que demuestran la progresiva penetración del capitalismo en la vida económica y social china, y cuyo análisis es básico para comprender el paso de las revueltas clásicas a los nuevos movimientos socio-políticos de nuestro siglo: entre otros, la intensificación de los cultivos comercializables, en detrimento de la producción de alimentos, la subida de los arrendamientos de las tierras, la ruina de los artesanos tradicionales ante la competencia de los productos industriales europeos, o el desarrollo de nuevas capas sociales, como los intelectuales o comerciantes

que se integran en organizaciones clandestinas de carácter republicano radical. Como respuesta a estos cambios, las revueltas de fin de siglo tuvieron un decisivo componente nacionalista, claramente reflejado en el movimiento de los Bóxers (1897-1900), cuyos rasgos esenciales resume así Chesneaux: «hostilidad de los campesinos hacia el cristianismo, por convicciones religiosas, protonacionalismo popular, intervención de las sociedades secretas, resistencia ludista a la tecnología moderna y conjunción con la política antioccidental y tradicionalista de la *gentry* local» (pág. 41).

La misma combinación de motivos de descontento, agravada si cabe por las malas cosechas de 1909-1910, permitió finalmente la confluencia en la revolución de 1911 de los campesinos y sus sociedades secretas con los republicanos de las ciudades, cuyo programa se concretaba en tres puntos básicos: soberanía del pueblo, independencia del pueblo y bienestar del pueblo son su triunfo. Acababa la etapa histórica en la que los levantamientos campesinos, limitados a una zona geográfica reducida, en especial a los distritos remotos y las áreas montañosas del Sur, dotados de una ideología arcaica, unas formas primitivas de lucha y un sistema de alianzas igualmente primitivo, no habían sido capaces de elaborar un proyecto revolucionario propio, y se habían limitado a influir «de manera negativa» en la historia de China. Y empezaba una nueva fase, definida por la politización progresiva de las luchas campesinas y su control por organizaciones políticas como el Kuomintang o el Partido Comunista Chino; una fase de «acción dirigida desde fuera» del campesinado, para utilizar la terminología de Shanin.

No quiere decir esto que las formas clásicas de rebeldía campesina desaparecieran por completo. Es muy probable que los levantamientos inspirados por las sociedades secretas siguieran movilizand o efectivos superiores a las formas modernas; pero fueron éstas últimas «las que llevaron a cabo la revolución agraria que las sociedades secretas y los bandidos no podían, como en el pasado, realizar» (Chesneaux, pág. 73). La primera plasmación significativa de estos nuevos tipos de organización y de lucha se produjo en la zona de Hunan, en los años 1924-27, con la creación de numerosas asociaciones campesinas, apoyadas por el Kuomintang y el PCC, hasta el momento de la ruptura de la alianza entre los dos partidos. Formadas fundamentalmente por campesinos pobres, estas asociaciones consiguieron adueñarse de hecho del poder local, crear sus propias

milicias rurales y poner en práctica un programa económico todavía muy moderado, cuyo punto central era la reducción de los impuestos y la usura, y del que estaban excluidas las expropiaciones. A pesar de su moderación, la actividad campesina en el terreno político era —como señaló Mao en su conocido informe— claramente revolucionaria: acababa con el poder de los señores feudales y las autoridades locales tradicionales, daba a los campesinos el control de las tareas administrativas y del sistema tributario, y ponía en cuestión las formas tradicionales de sometimiento del campesino pobre. Se trataba, señala Chesneaux, de «una revolución campesina que dejó para más tarde la reforma agraria», y en cuanto tal, superaba incluso los planteamientos del PCC, muy atado por su alianza con el Kuomintang y por las concepciones del marxismo clásico sobre el papel dirigente del proletariado industrial.

Fue necesaria la ruptura de la alianza y la liquidación del movimiento comunista en las ciudades (con la matanza de 5.000 comunistas en Shangai en 1927), para que un sector del PCC se viera obligado a cambiar de estrategia y a refugiarse en el campo. Comenzaba así, más como resultado de la coyuntura política de 1927 que como fruto de una teoría elaborada con anterioridad, el gran giro estratégico maoísta que los dirigentes del PCC tardaron años en aceptar. Y comenzaba también una segunda fase en la organización del movimiento campesino moderno, concretada en la aparición de soviets campesinos, y más tarde en la proclamación de la República Soviética China presidida por Mao. Pese al éxito inicial de esta experiencia en la zona de Kiangsi, donde se llevó a cabo una política de confiscación sin indemnización de las tierras de los señores feudales y de los grandes terratenientes, sin dejarles los medios de vida necesarios para su subsistencia (política que el propio Mao criticó posteriormente como «ultraizquierdista»), los dirigentes ortodoxos del PCC siguieron considerando al campesinado como una fuerza complementaria, útil únicamente para apoyar desde fuera la lucha de las ciudades. Y esta falta de visión del partido —que acabó expulsando a Mao y a Chu Te de la dirección— facilitaría la labor del Kuomintang: en 1934 la República soviética fue derrotada, y cientos de miles de combatientes tuvieron que emprender la Larga Marcha hasta Yenán, en la provincia de Shensi.

Por fin, el período de Yenán, el mejor conocido a través de los testimonios de numerosos visitantes occidentales, representa

la culminación de las nuevas formas organizativas y de lucha del campesinado chino. En esta última etapa, al mismo tiempo que la guerra contra los japoneses convertía a los combatientes comunistas en acérrimos defensores de la resistencia nacional frente al invasor, y les llevaba a moderar su política de reforma agraria en aras de una amplia alianza del proletariado y el campesino pobre y medio con la pequeña burguesía e incluso la «burguesía nacional», se pusieron las bases de una nueva sociedad, punto de partida de la China revolucionaria. En Yenan, los comunistas organizaron un sistema social militarizado y democrático, dominado por un igualitarismo radical y una austeridad generalizada; una sociedad «a la vez primitiva, militante y culta», como la define Chesneaux, con suficiente atractivo entre el conjunto de la población china como para permitir, tras la derrota de los japoneses, el rápido avance comunista que culminaría con la derrota definitiva del Kuomintang en 1949.

Teniendo en cuenta esta trayectoria, parece evidente que el campesinado chino no se ajusta, o se ajusta escasamente, a los tópicos sobre el «conformismo» y la falta de capacidad combativa, que aparecen con frecuencia en muchos análisis. Aunque tampoco pueden interpretarse, desde la perspectiva opuesta, como prueba de que el campesinado representa «la clase revolucionaria privilegiada», según la fórmula empleada por Frantz Fanon y sus seguidores. Quizá la mejor explicación deba insistir en dos aspectos complementarios: la existencia, por un lado, de una larga tradición de rebeldía campesina, reflejada en las sociedades secretas y en las agitaciones clásicas en muchos distritos del sur de China; y la aparición en nuestro siglo de una minoría revolucionaria que, aprovechando la crisis del poder estatal y la agravación de las condiciones de vida del campesinado, consiguió dirigir el malestar hacia la lucha política con objetivos globales. Se trataría, en suma, de lo que Shanin ha denominado «acción política dirigida por una élite de poder externa unificadora», en la que «la existencia de un grupo estrechamente unido de activistas, con su propio impulso, su estructura organizativa específica, sus objetivos y dirección propios «utilizó la combatividad campesina para la consecución de dichos objetivos (6). Fórmula que responde perfectamente a las conclusiones de Chesneaux, para quien «los campesinos no actuaron como fuerza histórica independiente. En última instancia,

(6) T. Shanin: «Peasantry...», págs. 257-58.

la hegemonía política continuó correspondiendo, a través de una causalidad histórica rigurosa, a las fuerzas que habían conseguido poner en marcha al campesinado: el movimiento comunista con sus raíces obreras, la ideología proletaria y los instrumentos modernos de lucha».
